

El niño que sonreía siempre...

(Cuento)

NO sabemos porqué nos queda grabada en la memoria la imagen de una persona con la que apenas tuvimos la más pequeña intimidad o que si llegamos a tratarla, fué tan superficialmente, que no merecía nuestro recuerdo. En cambio olvidamos a viejos amigos que compartieron nuestros juegos de niño, cayendo en el mayor olvido e indiferencia después.

Y digo esto, porque habiendo dejado morir en mi memoria la imagen de tan buenos compañeros, guardo fielmente, después de muchos años el recuerdo de un niño insignificante, que ví muy pocas veces en mi vida, pero que siempre me viene al pensamiento a pesar del tiempo transcurrido desde que lo conocí.

La primera vez que lo ví fué un día que iba con prisa camino de mi casa.

Jamás hubiese advertido su presencia—casi invisible entre el torbellino humano—si el chiquillo no se hubiese acercado a mí pidiendo con insistencia una limosna.

Sin mirarle siquiera, maquinalmente, le puse una moneda en su pequeña mano.

Oí su voz suave que decía:

—Gracias, señorita.

Entonces volví la cara y tropecé con la suya, feucha y enmarcada por un cabello dorado. Sonreía con una sonrisa tan extraña que lo observé un instante con curiosidad. Nunca recordaba haber visto en ningún niño una expresión tan dulce e inteligente.

El pequeño mendigo se alejó y yo casi lo olvidé, hasta el día en que volvió a repetirse el suceso y me lo encontré de nuevo en el mismo sitio.

Le volví a dar una limosna, y él sonrió con su sonrisa angelical.

Esto ocurrió varias veces, hasta que su presencia se me fué haciendo habitual. Un día que no tenía prisa, le pregunté:

—¿Vives por aquí?

—No señorita, vivo en los suburbios.

—¿Cuántos años tienes?

Caviló un segundo, y dijo:

—Tengo ocho, pero pronto haré nueve.

—¿No vas al colegio; no tienes padres; sacas bastante pidiendo?

Le hice tantas preguntas a un tiempo que se sorprendió un poco, pero con la más dulce de sus sonrisas contestó:

—Mi padre está enfermo del pulmón. Yo soy el mayor de mis hermanos. A veces me saco tres pesetas pidiendo, otros días, menos...

Si el chico no mentía, bien triste era el panorama de su casa.

—¿Es joven tu padre?—pregunté de nuevo.

—No lo sé, tiene la cara muy delgada, con barba. Mi madre dice que se va a morir pronto. Nunca se levanta del suelo.

—¿No tiene cama?

Me miró con expresión de asombro, y dijo avergonzado:

—No señorita, los pobres dormimos en un jergón de paja...

Le pregunté una vez más si no se sentía desgraciado con aquella vida que arrastraba.

—Ya estoy acostumbrado...—Fué lo único que me dijo.

Estuve fuera unos días. Varias veces recordaba aquella personilla de cabellos crespos y ojos claros y más de una también, sentí extraña sensación de malestar cuando me sentaba a la mesa a comer pensando en el triste y forzoso ayuno de aquel pequeño.

He conocido a infinidad de pobres, he oído contar montones de tragedias y miserias a lo largo de mi vida, pero nunca sentí tanta compasión por ningún ser pequeño o mayor como la experimentaba hacia aquel niño. Había algo especial en él que no acertaba a definir, mejor dicho, sí que lo sabía: era su sonrisa. Aquella sonrisa suave, impregnada de profunda melancolía, que dibujaba su boca delgada a flor de sus labios, como si le brotara del alma.

¡Pobre pequeño sin infancia!

Hay personas a las que sus muchos sufrimientos les secan las lágrimas; las lágrimas y las sonrisas... Sus rostros se hacen inmutables, herméticos. Ni ríen ni lloran. La tragedia que llevan dentro se retrata en las arrugas que surcan su rostro, dándole un aspecto casi patético.

A mí, los desgraciados que muestran a través de su dolor una sonrisa en sus labios y guardan una lágrima en el corazón, me causan mayor compasión. Con la fisonomía sonriente parecen querer disculparse ante el mundo de su propia tragedia.

Fué un crudo día de invierno cuando volví a verle. Traía unos harapos incoloros ya por su vejez, y su cara, más chupada, me hizo suponer que su situación era peor que la última vez.

—¿Estuviste enfermo?—le pregunté, mientras acariciaba su crespo cabello de paja.

—No señorita. Mi padre murió hace unos días—y sonrió como si la muerte fuese una solución también para él.

Le dije que no debía decirlo con esa cara sonriente, como si no lo sintiera.

El me miró extrañado y contestó con terquedad:

—Sí que lo sentí, pero ya se ha muerto...

—Mira,—seguí, cambiando la conversación—hoy voy a convidarte a un pastel de los grandes para que te lo comas tú solito.

Se quedó cortado, pensando en tan insospechado manjar, y empezó a caminar junto a mí, camino de la dulcería.

El mismo señaló tímidamente un gran dulce de chocolate, que le fué entregado.

Empezó a chuparlo con prolongado deleite y observé que la

mayor porción la guardaba cuidadosamente en su inverosímil bolsillo.

—¿No quieres más?—interrogué.

—Se lo guardo a mis hermanos. Nunca lo han comido... Ahora me voy a la boca del metro a ver lo que saco—continuó mientras se relamía del último trozo—. Adiós...

—Bueno; pero dentro de tres días no dejes de venir por aquí. Quiero hacer algo por ti.

—Sí—contestó maquinalmente y se fué calle abajo arrastrando sus zapatos demasiado grandes para él.

Cuando desapareció entre la gente, sentí remordimiento de no haber sido más generosa. Adivinaba el cuadro familiar cuando llegase con la porción de pastel.

Los tres niños se tirarían como fleras hambrientas al dulce manjar, que sin duda alguna, se esparciría por sus ávidas manos, chorreando la crema por sus harapos hasta el suelo, desde donde quien sabe si tornaría de nuevo a sus boquitas, sin que ninguno participase de aquel soñado pastel tantas veces deseado ante un escaparate.

Ahuyenté este pensamiento como algo ya irremediable y empecé a cavilar en lo que haría para proteger al chiquillo.

Velar por toda su familia no estaba en mi mano hacerlo, pero por el niño podía hacer bastante. Tenía entonces buenas influencias en un hospicio moderno y recién construido, donde los recogidos gozaban de excelente trato. Allí podía hacerse un hombre. Era un chiquillo excepcional. Sus buenas maneras—a pesar de su vida callejera y libre—su dulzura y aquella eterna sonrisa tan atrayente le ayudarían a hacerse querer.

Realicé, pues, mis indagaciones y a los tres días el pequeño quedó admitido.

Cuando le dí la noticia no lo comprendió bien. Me preguntó qué era un hospicio, si allí daban de comer de balde, y dejaban dormir.

Se lo expliqué lo más claramente que supe y creo que me comprendió.

Un buen día de Enero, vino a mí con su hatillo. Traía en él sus pobres harapos, una pelota vieja, y un diábolo de madera. Con ese equipaje emprendimos la marcha:

—Dice mi madre que a ver si puede Vd. meter a mis hermanos también, así ella se pondrá a servir.

—Bien, todo se andará—repliqué.

El sonrió con su iluminada sonrisa y no volvió a hablar más.

La impresión que le causó su nuevo hogar no tiene explicación. Primero hablamos con una monja, que lo trató con extrema dulzura, y después, a petición mía, lo llevamos al dormitorio para que lo viera y dejara «su equipaje».

La aparición de tantas camas en hilera, limpias y blancas como la nieve le dejó asombrado. Creo que es la primera vez que veía de cerca una cama.

Para que comprobara su blandura le ordené que se sentara en ella.

Así lo hizo. Se sentó con mucho cuidado, como si temiera descomponer su uniformidad perfecta.

Esperé entonces una de sus sonrisas luminosas, aquellas que prodigaba casi de continuo en los momentos crueles de sufrimiento.

Cuál fué mi asombro, cuando sus labios se apretaron en un rictus doloroso, tan amargo, que me sobresaltó. Sus bracitos lacios se desplomaron sobre la almohada y tras ellos—como una flor tronchada—se dobló también su cuerpo. Las lágrimas corrieron por su rostro oculto entre sus manos.

El niño «de la eterna sonrisa» lloraba. No lloró al morir su padre; ni tan poco en los días fríos en que sin comer apenas, iba de calle en calle pidiendo; y, sin embargo, ahora lloraba amargamente, cuando un hogar le abría sus puertas dándole un lecho y una comida caliente.

Ahora que debería reír de puro contento, lloraba.

¡Extraña paradoja!

Me agaché junto a él y le pregunté porqué se comportaba así.

Se incorporó mostrando su carita húmeda y dijo con un susurro:

—¡Estoy tan contento...!

No pude pensar nada de momento, no pude contestar. Sólo cuando de noche en mi cama, empecé a cavilar sobre ello, comprendí que aquella había sido en realidad la primera vez que aquel niño había sonreído de verdad.

Entonces, como una revelación, me dí cuenta de que sus sonrisas, no eran más que la careta con que cubría su dolor, que, a fuerza de ser constante, pasaba inadvertido a su conocimiento de niño.

Ante la primera impresión verdaderamente agradable de su vida, su sensibilidad se había desahogado con el llanto, nueve años contenido, como si con él arrojara toda la pesadumbre de su triste pasado.

* * *

Han transcurrido muchos años desde esta sencilla historia. El destino me llevó lejos de aquel hospicio, a otro extremo del mundo. Quizás será aquel niño de ayer un hombre bueno y honrado, quizás su vida se habrá descarriado. ¡Sólo Dios lo sabe!

Pero siempre recordaré a aquel chiquillo, como una experiencia interesante y vendrá a mi memoria como viene ahora: tumbado en la cama llorando; mejor dicho: sonriendo, con una sonrisa húmeda y silenciosa.

SARA GAZUL

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

¿Por qué soñaste con el mar?

A mi hijo Juan Manuel Romero.

¡Ay, marino de tierra adentro!

¿Por qué soñaste con el mar?

Es que tu ardiente fantasía
vislumbró mundos sin igual?

Costas lejanas, luminosas,

rocas de ingente majestad;

playas de arenas de oro y plata
y acantilados de coral;

islas perdidas, solitarias,

que con amor las besa el mar;

grandes ciudades con palacios

hechos de nácar y cristal;

bosques fantásticos de ensueño

que nadie pudo penetrar,

llenos de pájaros y flores

bajo la ardiente luz austral;

mujeres bellas como diosas,

de tez morena y suave andar:

exóticas sirenas de ojos verdes

que el alma llenan de ansiedad?

¡Ay, marino de tierra adentro!

¿Por qué soñaste con el mar?

Nadie en tu casa fué marino.

¿Por qué ese afán de navegar?